

BRASIL

[Coletiva](#)

ISSN 2179-1287

- [QUEM SOMOS](#)
- [ANTERIORES](#)
- [CONTATO](#)

- [EDITORIAL](#)
- [REPORTAGEM](#)
- [ENTREVISTA](#)
- [ARTIGOS](#)
- [MEMÓRIA](#)
- [VÍDEOS](#)

- [Facebook](#)
- [Twitter](#)
- [Rss](#)

- [EDITORIAL](#)
- [REPORTAGEM](#)
- [ENTREVISTA](#)
- [ARTIGOS](#)
- [MEMÓRIA](#)
- [VÍDEOS](#)



Número 14 | maio/jun/jul/ago 2014

- [Tweeter](#)
- [Curtir 9](#)

A pie por San José con los ojos cargados de verde

Laura Paniagua Arguedas

Mientras desayuno un gallopinto, una sabrosa mezcla de arroz y frijoles, acompañada con queso y natilla y me tomo un café con leche calentito, los pájaros llegan al árbol frente a mi casa a jugar entre las ramas. Usan este árbol, que fue el único sobreviviente a la corta que hizo el municipio hace poco; solo en nuestra calle desaparecieron tres hermosos árboles Jacaranda que podían rondar los 50 años; ellos habían visto crecer el barrio y habían dado con sus flores infinidad de vistas hermosas a nuestra cuadra.

Hace un rato, tuve que ir por el queso a la pulpería, comercio de abarrotes que es propiedad de Felipe y su familia, que son de origen asiático. Muchos negocios de este tipo pertenecen a personas migrantes de China, Taiwán, Hong Kong y otros países de Asia, o son descendientes de quienes migraron en otras épocas como esclavos para la construcción del ferrocarril.

“¡Lleve los bancos, mesas, sillas para bebeeeeee!!!” se escucha desde la calle. Manuel es vendedor de muebles de madera desde hace décadas. Su forma de vender es muy particular. Lleva sus productos en una carreta de dos ruedas metálicas, que a veces, por tanto peso, se resisten a dar la vuelta. Utiliza un sombrero de paja en forma de cono, al estilo asiático.

Salgo de mi casa en un barrio al sur de la capital y captura mi vista una hermosa montaña verde azulada que al fondo enmarca una ciudad bajita. Una canción romántica como de los años 80 suena a todo volumen donde José, el zapatero, siempre informado con las noticias y bueno para conversar con sus clientes. La canción que habla de corazones rotos compite con una cumbia en el taller para motos de al lado lleno de olor a grasa y aceite. A este lugar “¡llegó salud!”, un personaje que lleva jugo de naranja fresco y agua de pipa (coco). “Salu” transporta sus productos en un carrito de supermercado y recorre los barrios ofreciendo una bebida refrescante para este calor de la mañana.

También recorriendo los barrios va don Antonio “El español”, con su silbato característico desde hace 30 años. Lleva su bicicleta que es también su instrumento de trabajo. Cuando alguien solicita sus servicios, desmonta del eje la rueda de adelante, monta su bicicleta y comienza a pedalear; con esa fuerza mueve una piedra que gira para afilar los cuchillos. Así se gana la vida de casa en casa, recorriendo todos los rincones de la ciudad.

Voy hacia la parada del tren que me llevará al centro de la ciudad. Doña Claudia desde temprano está preparando delicias en la sodita, que es un pequeño restaurante o comedor. Muy adornado con sus manteles de frutas y las flores de plástico que se encuentran en cada mesa al lado de la sal y el azúcar. El gallopinto al desayuno, las empanadas, emparedados, café, refrescos, “el casado” que es el típico almuerzo con arroz, frijoles, picadillo, ensalada y una carne de preferencia. Ella trabaja con doña Francisca, joven nicaragüense que se vino a trabajar a Costa Rica; acá ha hecho una vida laborando en una empacadora de piña en Siquirres, luego como trabajadora doméstica y ahora como cocinera. Dejó su anterior trabajo porque la patrona era “muy arrecha”, como dice ella, le hacía trabajar en la casa a veces hasta muy tarde en la noche y le pagaba muy poco, pues además debía cuidar a los dos hijos de la familia. Ella ahora le agrega el sabor nicaragüense al menú de la sodita, con el nacatamal, las enchiladas, el refresco de chía con tamarindo o pinolillo y la tortilla palmeada.

En el camino veo a don Jesús, un hombre mayor. Es fácil de localizar por las mañanas en Plaza González Víquez, pues él se encarga de registrar el horario en que los buses se acercan a la parada, ubicada cerca de las piscinas municipales. La de Barrio La Cruz es una de las líneas más concurridas, aunque el servicio sea bastante lento. La publicidad nos atropella por todas partes, hay anuncios colgando de las agarraderas, por dentro y por fuera, el autobús es una gran valla publicitaria.

Luego veo a don Pedro, él vende frutas y tortillas de queso en esta parada. Ofrece jugo de naranja natural, guayabas, papaya y piña. Los colores naranja, verde y amarillo adornan una bicicleta en la que transporta sus productos que llenan de un exquisito olor dulce la fila de quienes esperan para abordar el autobús. En Costa Rica hacemos filas para todo.



En este mismo sitio, Juan vende periódicos desde hace 20 años. Ofrece a los pasantes las noticias del día. Vende La Nación, Diario Extra, Ahora, La Teja y el Semanario Universidad. En sus titulares se lee la triste noticia de la muerte de una niña de meses de nacida, producto de la agresión de su padre y también nos actualiza sobre la huelga del Sindicato de Trabajadores de Japdeva (SINTRAJAP), en el puerto y muelle de Limón, que se opone a algunos términos del contrato con una empresa holandesa que administraría el puerto. Es un conflicto profundo, en una de las provincias más abandonadas en el país. Vivimos tiempos de privatizaciones y de importantes confusiones entre lo considerado “público” y “privado”.

Camino a la parada del tren, percibo un olor a fogón de leña que proviene de una laboriosa chimenea de una panadería llamada Estambul, donde pueden conseguirse ricas pitas, pan dulce de levadura, palitos de ajonjolí y postre de pistacho, con recetas originales de migrantes de esas tierras.

El tren viene con bastante gente, pero siempre hay espacio para sentarse. Se trata de unos vagones que contarán con más de medio siglo de historia, unidos a otros más modernos (con unos 20 años menos que los primeros), contraste que se ve en la forma de los asientos, unos acolchonados y otros de plástico. Este medio de transporte fue eliminado por el gobierno en el año 1995 favoreciendo a los transportistas de carga y a las empresas de autobuseros. El servicio regresó por ahí del 2005 y se ha extendido a dos provincias en el país, en las horas de mayor movimiento en el día.

En nuestro caso, el viaje es corto. En el tren, algunas personas duermen un poco antes de llegar a sus destinos. Otras aprovechan para leer o escuchar música. Un joven conversa con una señora lo útil que le es el tren, dice que se ahorra hasta 1200 colones diarios (USD\$2,50 aproximadamente) en pasajes. Además, no tiene que levantarse tan temprano. Este medio de transporte es realmente una opción fundamental para muchas personas trabajadoras.

En el camino, las zonas al costado de la línea están llenas de vegetación, algunas son usadas como casas, construidas con cartones y plásticos. También puede verse a los recicladores, que desde temprano en la mañana comenzaron su recorrido por la ciudad revisando las bolsas y basureros, en búsqueda de latas de aluminio, botellas de plástico y algún artefacto para vender. Los graffitis llenan de colores los muros alrededor de la línea, en alguno de ellos se lee: “¡No al recorte de presupuesto!”, en referencia a las medidas de reducción que anunció recientemente el gobierno.



Al llegar a nuestro destino en San José, un olor a pan fresco nos hace un guiño. Se trata de una de tantas panaderías abiertas por colombianos que han llegado hasta acá a trabajar. Dando vuelta a la esquina, encontramos a personajes característicos de San José. Esa vez vi por última vez a “Marito Mortadela”, un hombre proveniente de uno de los barrios pobres de la capital, que con una guitarra de juguete sacaba algunas notas a cambio de algunas monedas, se le escuchaba en la Avenida Central con su característica canción “Ñeeeeeee, Ñeeeeee”, hasta que un día se atragantó comiendo y fue a dar al hospital donde murió.

También pude ver a María, recorriendo las calles con su característica flor en la cabellera negra y sus enaguas largas. Ella visita actividades públicas, presentaciones de libros, inauguraciones. Camina desde su casa hasta donde sea el evento, de esta manera consigue comida y tiene acceso a colores, imágenes y belleza. Doña Juana, con su escoba, barre los caños y aceras en los alrededores de las paradas, procurándose algunas monedas para un café y un pan; viste muchas ropas al mismo tiempo, en su abultado uniforme abundan los colores y diseños y en su cabellera un pañuelo de rayas cubre una abundante cabellera canosa.



Una lluvia de pitazos se escucha debido a la presa. A veces la gente conduce tranquila, a veces molesta; detrás del volante al costarricense se le sale toda su violencia. El tico compete en las calles por llegar primero, pasar primero, “ser” el primero. Hasta hace poco, se han dado aislados esfuerzos para promover la bicicleta y la ciclovía, pero aún queda ausente la articulación de las rutas, la mejora en la calidad de las vías y la apuesta por un eficiente sistema de transportes colectivos. No bastan unos bulevares cuando las aceras tienen obstáculos, como paneles de publicidad, o están ausentes las tapas del alcantarillado. Para muchos las manifestaciones que bloquean las calles “son un problema para el libre tránsito”, pero las presas “son parte del viaje”. Las distancias son muy cortas pero los viajes son extremadamente largos.

Tenemos un país de escala pequeña, pero que ha permitido que los problemas se tornen gigantescos. Tal vez por lo difícil que es ponernos de acuerdo. Se requieren soluciones colectivas para los problemas colectivos, aunque la tendencia sea buscar soluciones individuales para los problemas sociales.

En este país se habla mucho de una característica paz. Sin embargo, desespera esa forma a veces indiferente, a veces pasiva de asumir la vida. Se dice que aquí somos “pura vida”, frase utilizada para saludar, para responder a casi todo. Pero esta forma a veces evade el asumir responsabilidades y protestar ante las injusticias.



Comienza una brisa fresca con olor a humedad. Es el anuncio del aguacero que en pocos minutos lava todo: los techos, las calles, las aceras, los árboles, la gente. Cada aguacero da la sensación de renovación o por lo menos de cambio. A veces se enfría el ambiente y dan ganas de disfrutar un cafecito con leche con un tamal de elote.

Don Israel llega a San José centro desde Alajuelita, en poco más de 40 minutos. Lleva su carreta de metal por la calle recorriendo casi 10 km. Se dedica a recolectar cartón. Él va por las calles, consigue cartones que va acumulando, primero en su carreta y luego en una esquina de la Plaza de la Cultura. Allí, un camión llega y le compra a 20 colones (US\$3 centavos) cada caja. Esto no lo hace todos los días, solo cuando las tiendas sacan su basura.

En medio de las carreras de la gente saliendo del trabajo, todo iba medianamente bien hasta que aparece un tipo acosador que le grita un vómito de interpelaciones a una joven que pasaba. Es repulsivo este sujeto, pero más aún lo es la impotencia de poder hacer algo para que estas prácticas de acoso desaparezcan, lo mismo que el ser tocadas, sin solicitarlo, por desconocidos.

Al verles pasar me pregunto ¿por qué mi gente vivirá con tanto miedo? Creo que la respuesta me la dio un amigo salvadoreño: ¡Los ticos no saben lo que es tener miedo! Se posicionó una cultura del encierro, que absorbe la vivienda, los parques, los comercios, la recreación y los cuerpos. No faltan rótulos que dicen: “Sonría: usted está siendo grabado” o “Por su seguridad y la nuestra tenemos cámaras en este local”. El camino del encierro consolida una mayor distancia, se socializa la desconfianza ante la ausencia de contacto, de experiencia sentida y vivida sin muros y fronteras físicas y simbólicas. La institución carcelaria se interiorizó, se trasladó al cuerpo y a las calles: los barrios y las casas fueron convertidas en cárceles.

A pesar de eso, también veo cuerpos que luchan, cuerpos contentos, gente que sigue y sigue. Como canta don Manuel con su trompeta, en Recordando mi puerto, a pesar del dolor que la artritis le da a sus dedos: “Yo no quiero pensar, que debo retornar, y vivir del recuerdo en noches plateadas y sol tropical. Y esperar hasta el otro verano...”. Cabe una luz en esa búsqueda con aroma anaranjado.

Laura Paniagua Arguedas

Universidad de Costa Rica. E-mail: lauparg@gmail.com

[MAPA DO SITE](#)



REALIZAÇÃO



Ministério
da Educação

